CONFERENCIA DÉCIMAQUINTA.

De la corona dada por el Verbo á María, expresion de la sabiduría política del Pontificado.

I. El órden del universo revela una sabiduría.—La humanidad perdió el órden apartándose de la sabiduría del Verbo.—Íntimas relaciones de la Iglesia restauradora del órden con el Verbo del que el órden procede.—El órden de la naturaleza física no se ha turbado, porque ha obedecido la ley de la sabiduría eterna; la turbacion del órden intelectual solo puede remediarse por la palabra.—Qué es la palabra.—Mision que ha recibido de Dios.—Su poder constitutivo.

II. Tres acepciones del poder constitutivo de la palabra.—Su poder despótico; esclavitud de las inteligencias producida por la palabra caprichosa.—Exámen de esta cuestion.—Coexistencia de las ideas de libertad de enseñanza con la enseñanza despótica.—Poder libertino de la palabra.—Distincion entre la palabra libre y la palabra prostituida.—En qué consiste la libertad de la palabra.—La palabra considerada como poder expresivo de la sabiduría.—Carácter unitivo de la misma.—Desarrollo de este asunto.—¿Cómo se distinguirá la palabra de la sabiduría de la despótica y disoluta?

III. Constitucion de la Iglesia y del Pontificado.—Reino político de la Iglesia.—Política calificada de divina por Bossuet.—Alusiones bíblicas á la misma.—Por qué el Pontificado es el verbo político.—Paralelo de la política pontificia con la seglar.—En qué se fundan las luchas de los gobiernos eclesiásticos con los terrestres.—Las vírgenes moabitas y la política anticristiana.

IV. Conclusion: semejanza entre María y el Pontificado bajo el punto de vista de la sabiduría social.

El eterno Hijo coronó tambien á la inmaculada Virgen María, en cuya frente resplandece la corona de la inteligencia, ó sea la del Verbo. Ella recibió un destello extraordinario de la sabiduría inefable.

En la primera conferencia de estas dos séries tratamos con algun detenimiento de la intimidad que existe entre la sabiduría y la Vírgen, aunque no descendimos de ciertas consideraciones generales: como las mismas relaciones que tratamos en principio se nos presentan bajo el símbolo de la coronacion por el Verbo, y la corona es un símbolo del reino, justo es que no desperdiciemos la ocasion de tratar de la sabiduría política de la Iglesia simbolizada por

la corona que el Verbo colocó en las sienes de la inmaculada Vírgen María.

Tú me inspirarás, Señora, luz y prudencia, confio en tí; como siempre alentarás en mí el espíritu de santa propaganda: lo espero, porque así andas tú sobreabundante, como escaso yo, en gracia: *Dios te salve.*

I.

Hermanos: por poco que el hombre observe, descubre en las cosas criadas no solo el fruto de un poder sino el sistema de una sabiduría. La sabiduría era tan necesaria como la potestad, para la constitucion armónica del universo. Sin sabiduría, el poder no hubiera combinado el admirable equilibrio entre las leyes de atraccion y repulsion, base de este movimiento y quietud relativos que forman el encanto de la doble naturaleza. Pero la idea del órden, de la hermosura y de la naturaleza estuvieron siempre unidas á la fuerza y eficacia del poder. La persona del Padre, supremo principio de este, estuvo desde la eternidad unida, en unidad de esencia, á la persona del Hijo, suprema expresion de la sabiduría, y la sabiduría unida al poder creó todas las cosas en órden, peso y medida. La sabiduría en Dios se llama y es Verbo, como el poder se llama y es en Dios Padre; el Padre engendró al Verbo en la eternidad, y por él crió la série de cosas que engendra la idea del tiempo. El Verbo es el criador del órden universal, pues en las alturas es la fuente de la sabiduría, y sus corrientes los mandamientos eternos; «es él quien dió el ser «á la sabiduría en el Espíritu Santo, y la comprendió y numeró y «midió y derramóla sobre todas sus obras y sobre toda carne, segun «su liberalidad y bondad, y comunicóla á los que le aman [1].» Toda idea de órden emana, pues, del Verbo, de modo que las cosas están tanto mas ordenadas cuanto mas se conforman al plan que de ellas preconcibió eternamente el Verbo.

Porque la humanidad quebrantó la ley que el Verbo le habia impuesto, quedó transformada en un verdadero cáos. El hombre buscó en vano el órden. Al paso que reinaba este en los astros, en los animales, en la materia, que, menos libres que los seres intelectuales, no se habian emancipado de la ley suave que el Verbo les dictó, el hombre que determinó constituir su sociedad sobre otras bases lo perdió por completo. Pero alejada del Verbo divino la humanidad no acertó á constituirse. El órden no reinó en la tierra hasta que se encarnó en ella el Verbo del cielo. El Verbo unido al hombre ordenó al hombre, la humanidad puesta en contacto con la divinidad pudo decir, lo que no le era posible estando divorciada de ella: *Ab æterno ordinata sum.* Todo órden estable y sólido tiene su principio y ley en la eternidad. El órden nacido del tiempo es siempre pasajero.

[1] Eccli. I, 5, 8, 9, 10.

Y si me preguntárais por qué todo órden emana del Verbo eterno, os contestaria: porque habiendo salido del Verbo la creacion toda, en él está la razon del plan universal, en él reside la intuicion de la unidad del sistema de leyes en que está basado. Todo fue hecho por él, luego él debe saber la trabazon de las diferentes partes de este todo.

No bastaba que Dios criara los elementos: aun despues de criados estos no hubieran sabido combinarse, al contrario, se hubieran mútuamente destruido. ¿Por ventura no tiene hoy la sociedad todos los elementos de su paz y bienandanza? Los tiene, y sin embargo lo que no tiene es la bienandanza y la paz que habian de ser su producto: es que teniendo los elementos no acierta á combinarlos. Pues bien, si no bastaba la creacion de los elementos, era necesaria su ordenacion. El órden habia de venir de un ser superior á los elementos ordenandos, pues lo mas interesante en una obra maestra no está en sus detalles sino en su síntesis. Al Criador competia, pues, el atributo de ordenador; y así sucedió. Y por esto el Verbo tomó sobre sí el cargo de hacerse hombre para ordenar al hombre.

Si todo órden procede del Verbo, es claro que la Iglesia, cuya mision mas importante es restablecer en la tierra el órden que el pecado destruyó, ha de tener íntimas comunicaciones con aquel para tomar de él la parte de sabiduría, sin la cual no existe mas que un cáos tremendo. Estas relaciones que la Iglesia necesita las obtiene ya. La coronacion de María por el Verbo fue su primer símbolo, la promesa de la infalibilidad hecha por el Verbo al Pontificado es su garantía.

Esa corona de que admiramos ceñidas las sienes virginales de nuestra Madre, es una expresion elocuente de la sabiduría del órden, que el Verbo ha comunicado á la Iglesia, y que ninguna otra institucion ha recibido; veamos, pues, cómo la Iglesia comunica esta sabiduría que recibe para producir el órden.

He dicho que el órden solo estaba turbado en los seres intelectuales: el universo físico conserva la única virtud que Dios le infundió, la obediencia. La fuerza no debe ser regenerada porque no fue corrompida; obedece á las leyes que primitivamente se le dieron. Pero ¿cómo restablecer el órden intelectual? con la sabiduría: ¿de qué manera se comunica la sabiduría? por la palabra. La palabra, engendro de la inteligencia, es la única fuerza influyente en la inteligencia; porque la inteligencia, señores, solo se domina por el amor; el amor verdad la atrae y la cautiva, y la inteligencia ama sus engendros, como la madre ama sus hijos: hija de la inteligencia la palabra, es por ella amada, al paso que es por ella subordinada. El verbo humano comunicando los principios del órden residentes en el Verbo divino, hé ahí la fuente, el sosten, el principio propagador del órden social.

La palabra es un poder que engendra las convicciones, las que

son las únicas bases estables de toda constitucion. Un espíritu convencido obtiene la fortaleza y la inmutabilidad, y lo que se apoya en lo inmutable permanece. ¿Sabeis de qué proviene el flujo y reflujo de sistemas que forma la horrenda tempestad moral que revuelve los tiempos? de que escasean las convicciones. Se ha dado mucha importancia á las formas sistemáticas y poca á la base de las mismas. Algunos, creyéndose dotados de un criterio superior, han amado ciertos principios, han descubierto un juego de relaciones entre ellos, han discurrido un método correspondiente á su conjunto y han dicho: «hé ahí mi sistema,» y han formado escuelas, en las que se ha impuesto á los hombres de mas baja categoría intelectual el sistema preconcebido. Luego, lo que yo llamaré la razon ejecutiva de la humanidad, ha impuesto, segun las circunstancias, el predominio general de este ó de aquel sistema. Pero como la conviccion de los forzados profesores del mismo es nula, de ahí que no sean sino de superficie, y aun menos, de apariencia, las formas sociales.

Dios ha dado á la palabra la alta mision de constituir en la tierra su reino: *prædicate;* y de constituirlo dentro del hombre: *regnum Dei intra vos est.* Si dentro del hombre, es claro que en su conciencia; si en su conciencia, es claro que en su conviccion. Siendo el reino de Dios una constitucion interior en el hombre, ha de ser fruto del Verbo; la palabra, digámoslo así, es su poder constitutivo. Sí, es la palabra un poder constitutivo, siempre. Pero no siempre en iguales condiciones, pues unas veces es despótico, otras libertino, algunas humanitario.

Tres acepciones del poder de la palabra de que deseo ocuparme aunque someramente.

II.

Empiezo por el despotismo de la palabra. Yo entiendo por tal, toda enseñanza hablada ó escrita que no se base en la conviccion del que la da y no se dirija á la conviccion del que la recibe, y por lo tanto, que ninguna relacion tiene real ni imaginaria con la verdad.

El interés ó la concupiscencia de determinados hombres de distinguido talento exige que predomine este ó aquel sistema; «pues hagámosle triunfar,» dicen. Aunque en su elevado criterio descubren las sinuosidades y errores que con él difunden; aunque están convencidos que propagándolo no hacen otra cosa que desviar los espíritus poco aviesos en reconocer la malicia de los raciocinios, desarrollan impávidos su plan: lo que les importa es el interés ó el goce; la verdad, ¿qué vale la verdad ante ellos? digo que esto es el despotismo de la palabra: porque siendo la palabra, como decíamos, una fuerza destinada á obrar sobre la inteligencia, cuando no está dirigida por la verdad, que es la justicia del entendimiento, cuanto cautiva lo cautiva sin derecho, como sin derecho esclaviza el que

aprisiona á un hombre, sin respeto á la justicia, que es la verdad de los juicios. Y la esclavitud de la inteligencia es mas triste que la de los cuerpos, porque al fin el cuerpo es de materia, y las cadenas no hacen otra cosa que acercar la materia al seno de su madre que es la tierra, pero la inteligencia no es de materia, es espíritu, y el espíritu tiende á la verdad, de donde se sigue, que ofuscar el espíritu cargándole con una falsa doctrina es desviarle de su direccion natural, apartarle de su centro. El despotismo de la palabra está erigido entre nosotros, y yo os suplico considereis los desastrosos efectos que está produciendo.

La sociedad se halla rebosante de júbilo, porque ha inagurado un periodo que llama de libertad: de libertad de conciencia, de enseñanza, de cultos, de industria; de libertad en todos los ramos, de libertad universal. Es indudable, el sistema social ha cambiádo, ayer existian trabas que hoy no existen, esto es un hecho cuya exactitud afirman así los que se lamentan como los que se regocijan de él. Sin que trate de aguar el gozo á que parece entregada la sociedad á causa de sus conquistas, ha de permitírseme que le señale desde aquí una esclavitud con la que no ha terminado todavía: el despotismo de la enseñanza. Hombres que en conversaciones particulares unos y otros en el secreto consejo de su conciencia se confiesan escépticos en política, incrédulos en toda religion, aparecen como celosos catequizantes del protestantismo ó propagandistas de cualquier sistema. Con tal conducta infieren un agravio terrible á la dignidad humana, pues prometen al pueblo una doctrina apoyada en sus convicciones, que no existen; dicen al pueblo: *cree lo que yo no creo, respeta lo que yo no respeto.* Lenguaje que á nadie es lícito.

Si el hombre no se permitiera jamás enseñar lo que no sabe, propagar lo que no acepta, proponer lo que no cree, estad ciertos que seria mucho menor la confusion de las teorías, y mucho mayor la ventaja que reportaria la Religion verdadera, pues, fuera de la verdadera, estad ciertos que muy pocas veces una doctrina conquista una conviccion.

Desgraciadamente abundan los hombres de poco criterio; las inteligencias que se doblan al peso de los mas ligeros raciocinios, se rinden, no se convencen á la primera imposicion doctrinal. Y como la propaganda de lo falso encuentra pábulo, á los explotadores de doctrinas les va bien: y el despotismo de la palabra crece, y como la palabra despótica no tiene ninguna especie de relacion con la verdad, es un semillero de ignorancia, contra la cual debemos reclamar y obrar cuantos deseamos hacernos acreedores á una de las bienaventuranzas de la Iglesia.

No intento reclamar contra los legítimos derechos de la palabra humana; prefiero las obras de la palabra á las de la fuerza. Cuando la palabra es una revelacion exacta del espíritu que la inspira, yo la respeto siempre, aunque me vea en la imprescindible necesidad de

rectificarla muchas veces. Pero lo que indigna, señores, lo repito, atendida su gravedad, lo que indigna es que el hombre emplee la palabra comunicativa de su espíritu como un medio puramente mercantil, es decir, que la emplee para imponer á los demás la ley promulgada por su hipocresía.

El poder despótico de la palabra es ilegítimo: los pueblos deben dedicarse por todos los medios posibles á extirparlo; lo que en este sentido se haga redundará en bien de la Iglesia, la que ejerce la soberanía maternal de la palabra.

El poder del libertinaje no es menos desastroso que el que acabamos de considerar.

La palabra emancipada de las leyes morales no se impone como una autoridad; pero se comunica como una naturaleza. Es la palabra que se rebela contra toda autoridad, haciéndose expresion del orgullo, que insulta el derecho supremo de la Divinidad, trata mal alguno de sus atributos, no tiene las consideraciones debidas á la Iglesia, haciéndose expresion de la blasfemia, que pinta las obscenidades del corazon y comunica á los demás los torrentes de una concupiscencia desbordada haciéndose expresion de la lujuria; falta á las consideraciones debidas á todo hijo de Dios, hermano del hombre, haciéndose expresion de la ira; que carece de la ley que la sirve de criterio, que procede de un espíritu el cual pertenece al número de los que dijeron: «nuestra lengua nos pertenece.»

Es un poder, porque cuenta con las fuerzas de las pasiones, á las cuales sirve; es ilegítimo, porque las pasiones no reguladas por el criterio moral, clave del equilibrio de los derechos y deberes, tienden á la invasion y al atropello; es perjudicial, porque cuando este poder domina, todo está amenazado, la tempestad reina, el desborde llega cada dia y acontece en todas partes.

He dicho que este poder no se impone pero que se comunica; en efecto, la palabra inmoral no tiene bastante atrevimiento para declararse ley, deja siempre á salvo el principio «libertad,» se dice engendrada por la libertad, pero yo puedo probarle que no es exacto que nazca de ella; es la palabra prostituida: y la libertad de la palabra no consiste en poder servir la mentira, pues fue instituida para comunicar la verdad. Cuando se pone al servicio del error, la palabra se desnaturaliza, y la libertad no es la desnaturalizacion; el ser que se desnaturaliza, no solo no obtiene la libertad, sino que pierde la esencia. La libertad de la palabra consiste en la ausencia de toda coaccion para propagar las convicciones justas y fundadas, consiste en la ausencia absoluta del despotismo intelectual y en la suficiente dignidad para no ceder á la tortura de la fuerza. Así la palabra de Dios es siempre libre sin que pueda ser jamás disoluta: *Verbum Dei non est alligatum—lex Domini immaculata.*

La palabra disoluta no tiene relacion alguna con la sabiduría; de ahí que, aunque sea un poder, no ordena ni constituye; donde ella

reina, domina el cáos, y ella reina demasiado, lo que no es extraño, pues halaga las pasiones, emancipa al hombre, le permite gozar y adquirir sin freno.

En oposicion á estos dos poderes se levanta el poder expresivo de la sabiduría. La sabiduría es el conocimiento de la verdad, la verdad es la religion, la religion es caridad, la caridad es union: union del hombre con Dios, union del hombre con el hombre, hé ahí los dos polos de la caridad.

Necesitábase una lazada para mantener esta union humana y divina, y destinó Dios lo fuera su palabra. El Verbo, por el que fue derramada la vida y creados los dos elementos indispensables á toda union, inspiró una doctrina moral que sirviera de lazada. La virtud de la palabra es comunicativa, y por lo tanto unitiva: hablar es hacer participante á otro del pensamiento propio; es establecer un cambio que tiende á establecer un equilibrio, diré mas, un comunismo de ideas. Los espíritus se unen por la palabra; la palabra que no une los espíritus no cumple la mision elevada y admirable, y no la cumple ni la palabra despótica ni la palabra disoluta, porque esta tiende á evaporar el espíritu, aquella á comprimirle. La palabra unitiva lleva la fuerza y la autoridad en sí misma, porque procede de la sabiduría, á la cual el espíritu del hombre tiende como á su centro. Procede de la sabiduría y atrae hácia la sabiduría, y como esta se encuentra en Dios, ó mejor, Dios es la misma sabiduría, la palabra que de Él procede atrae hácia Él á los hombres todos, á los cuales une entre sí. Y como la union es uno de los mas elevados fines del hombre, pues no ha sido criado para vivir solo, sino para unirse en espíritu á sus hermanos y en espíritu y verdad á Dios, de ahí que la palabra que une al hombre con el hombre y á los hombres con Dios es la que vivifica. Vivifica porque une, y la union es la condicion complementaria de la vida. Vosotros sabeis que la vida fue hecha por el *Verbo,* el cual creó el universo y regeneró el hombre, proporcionándole medio para recobrar el derecho á la vida que habia perdido, apartándose de la instruccion recibida del principio de la misma. El Evangelio es una palabra poderosa porque es de la misma sabiduría, palabra que reformó el mundo y que ha impreso á los acontecimientos históricos un sello de humanitarismo que admira. Nadie se ha sentido con fuerzas para oponerse al reino de la palabra evangélica; reconociendo su soberanía, los abogados de ciertos sistemas se han limitado á pretender dar de ella diversas explicaciones, es decir, á explotar despóticamente su poder. El protestantismo no es otra cosa que un reconocimiento forzoso del poderío del Verbo evangélico y una desnaturalizacion despótica del mismo.

Pero la palabra, genuina expresion de la sabiduría, no puede ser sino *una,* como la verdad. Las divergencias contradictorias de los que se la apropian nos señalan claramente cuáles no las toman en

su manantial genuino. Ellas son fruto del racionalismo, el cual examinado á fondo, se ve que es el despotismo filosófico, ó sea un sistema de ideas caprichosamente combinadas por el indivíduo. Se deduce de esto, que quien no se remonta á la doctrina del Verbo, principio de la vida, y por lo tanto verdad absoluta, se hace racionalista, es decir, creador y responsable de su propia palabra.

Pero ¿cómo conocer la verdad? ¿dónde están sus semillas? ¿en el hombre? Dios solo le ha concedido criterio para discernirla del error, para conocer dónde está su fuente; ella tiene su asiento sobre la inteligencia humana. El Verbo de Dios dijo: «Yo soy la verdad,» pero ¿cómo participar del Verbo de Dios? ¿cómo ponerse el hombre en comunicacion con él? ¿se revelará Dios á cada hombre? ¿tendrá todo hombre el derecho de interpretar á Dios?

No; lo primero seria una prodigalidad de milagros por parte de Dios inmerecida por el hombre, pues «gloria de Dios es el cu«brir con un velo su palabra[1];» lo segundo seria dar al hombre una plenitud de derechos no conveniente despues de su caida: ¿cómo se revelará, pues, Dios al hombre?

III.

El Verbo llamó prodigiosamente una vez para siempre á todos los hombres; apareció en la tierra, y dijo: «Yo soy la verdad: los que «estais desviados de ella venid, porque soy tambien camino, y por lo «tanto, la vida que de la verdad emana.» Así los hombres voluntariamente afectos á la verdad corrieron hácia el Verbo, quien les declaró su grey, ó su Iglesia; les prometió que jamás se separaria de ellos, que les hablaria por boca de sus ministros, y á estos por boca del gran Pontífice cabeza de la humanidad escogida, á la que prometió la infalibilidad de la palabra. Constituyó, pues, para sí un pueblo, que siendo el suyo, se llamó propiamente el pueblo de la verdad; colocó á la cabeza de su pueblo un trono, que es el punto de la tierra mas cercano al trono divino, y dióle la corona de la vida.

¿No veis lo que significa la corona que el Verbo puso en las sienes de la inmaculada Vírgen? María, representante de la Iglesia, es coronada por el Verbo, y como decir corona del Verbo equivale á decir corona de sabiduría, la corona de la Vírgen es el símbolo de la corona de infalibilidad que el Verbo ha puesto en la cabeza de la Iglesia, y con la cual ejerce el poder humanitario de la palabra.

En otra conferencia nos ocupamos del magisterio doctrinal de la Iglesia, por lo que nos dispensamos en esta de emitir sobre él consideracion alguna: el punto de vista desde el que debemos contemplar hoy la corona de su sabiduría es el de la moral política.

Dios ha dado á la Iglesia la sabiduría, á fin de que constituyera una obra de paz y unidad social. El reino político de la sabiduría era

[1] Prov. xxv.